

Sergio Meier, el hacedor de estrellas

Por Miguel Vargas

Octavio Paz escribió: *vivimos esperando la muerte y sin embargo ésta siempre nos sorprende*. Ahora nos sorprende la muerte de Sergio Meier. Apóstol de la literatura, según él se definía, dedicó su corta vida con abnegación, perseverancia, renuncia, convicción y genio a escribir. Adarga/cartapacio, lanza/lapiz-bic, desbrozó, suicida, el camino para que, triunfales, otros transiten. Exento de autocomplacencia y consciente de su acto de inmolación, hurgó en senderos estancos aún para, ariete impetuoso, hallar la belleza allá donde nosotros no fuimos capaces de verla. Pero es que el mayor honor recae en aquellos que prevén que Efiates, el traidor, aparecerá al fin, y los persas pasarán por el estrecho desfiladero.

Sergio, emulando a Lovecraft, tan sólo a sus cuarenta y tantos huyó hacia la muerte (qué doloroso es hacer este juego de palabras hoy). Sergio de Quilloth, de Joyce y palabras maletín. Sergio de Alicia y el Jabberwocky (era cenora y los flexosos tovos en los relonces giroscopiaban, perfibraban). Sergio de Blake y Newton, del Golem y Meyrink, de Juan Luis Martínez y Melville, es Moby Dick, es Moby Dick. Sergio el pintor, reproductor de Delacroix, la Barca de Dante (El Gran Orinador) y del rey Cophetua y la menesterosa Penelophon. Sergio, el bibliófilo, coleccionista de volúmenes de cuidado empaste, en pasta valenciana con cinco nervios y guarda jaspeada.

Sergio, el niño genio, de mente aguda e inquieta, que con picardía leía los grimorios de Aleister Crowley a su tía Elena, quien con dulzura le escuchaba, y celebraba la travesura.

Sergio de la traducción apócrifa de la que fuimos cómplices con Fabrizzio, el libro negro, The Outsiders, nos equivocamos y tipeamos una “s” demás, y después nos piratearon y nos reímos. Sergio, tacaño con el dinero, con billetes bien dobladitos y guardaditos en una chaucherita. Sergio generoso con las ideas, compartía entusiasta sus conocimientos en las tardes de Quilloth, y hablaba de la red de túneles bajo la ciudad, a la cual se podía acceder en el cerro Mayaca, y después hablaba de Keats y de Chatterton, y después me mostraba las correcciones que había hecho, con afecto y respeto, a mi manuscrito, y después, con pudor (a este mundo le hace falta pudor, Miguel) leía su propio manuscrito, el de *La Segunda Enciclopedia de Tlön: Apareció como un pequeño píxel, perdido en el borde de la pantalla del espacio...* y entonces lo interrumpía la Silvita, porque estaba lista la once, y Sergio simulaba enojo y luego se reía, con risa de niño y tomábamos té, con un vasito con agua fría al lado de la taza, para no quemarse los labios. Ahora la Silvita llora desconsolada, mi niño, mi niño.

Sergio judío y cristiano, masón y físico-cuántico. Sergio de Yeats y las doradas manzanas del sol, Sergio, que paseaba con bastón y reloj de bolsillo, y sin embargo nunca fue puntual. Cuán exasperante era a veces, un año llevábamos sin hablarnos, *ututuy*, Sergio, *ututuy*, y ahora me percató que era imposible no quererte.

Sergio, el conferenciante de la elegancia tuvo la delicadeza de ocultar su enfermedad para no hacer sufrir a aquellos que le estimaban. Eso nos contó Isabel, su mujer, el día de su funeral, y yo no podía creer que había muerto, quizá despertara como Finnegans, y todo culminase en carcajadas. Pero no era así. Isabel continuaba, agradeciéndonos, y yo observaba su rostro, sus ojos serenos que

reflejaban la paz que se halla cuando ya no es posible sufrir más, y yo intenté consolarla y fue ella quien me consoló a mí, con la entereza del héroe que regresa de su ordalía para salvar a quienes de él necesitan, cerrando el círculo del monomito.

Sergio ahora camina por el jardín de los senderos que se bifurcan, y si nuestras previsiones no erran, su imaginería se colará, inexorable, por entre los intersticios del espacio y el tiempo nuestro, y hará desaparecer el inglés y el francés y el mero español, pues él ya descubrió los cien tomos de la Segunda Enciclopedia de Tlön.

Sergio, El Hacedor de Estrellas, mi amigo, dándonos la última lección de elegancia, sin aspavientos, tomó su bastón y en silencio se marchó.